

La experiencia de la hospitalidad en la *callípolis* utópica de Tomás Moro

PAULA VERA-BUSTAMANTE
Universidade de São Paulo (USP)
BRASIL
paulinhavera@yahoo.com

Resumen:

La *callípolis* o “ciudad bella” es uno de los paradigmas de la Teoría de la Ciudad Fictiva, entendida como la ciudad que nace específicamente de la construcción estética literaria. La *callípolis* tiene sus cimientos en la cosmogonía arcaica en que la ciudad es vista como una idealización de la perfección celeste; donde habitan la belleza, el bien y la justicia, según la concepción platónica. La *callípolis* está en estrecha relación con la *Utopía* de Tomás Moro y con el descubrimiento del Nuevo Mundo que, desde la lectura del humanista inglés, es el lugar donde puede existir en plenitud el bien común, la justicia y la felicidad. Moro, a través de las narraciones de su alter ego Rafael Hitlodeo, navegante portugués que descubre la Isla del Rey Utopo, vive la experiencia de la hospitalidad en Amaurota, la *callípolis* utópica, como un ejercicio de creación y aceptación de lo nuevo, la otredad y la tolerancia. Este humanista visionario y seguidor de la *Philosophia Christi*, alberga en su neologismo *Utopía* el amor por el saber, por la fe y por la armonía de los hombres, aunque sea en un “no lugar”.

Palabras Claves: Callípolis – Utopía – Tomás Moro – Ciudad Fictiva – Hospitalidad

The experience of hospitality in the utopian *callipolis* of Thomas More

Abstract

The *callipolis* or “beautiful city” is one of the paradigms of the Theory of the Fictitive City, understood as the city that is born specifically from the literary aesthetic construction. The *callipolis* has its foundations in the archaic cosmogony, in which the city is seen like an idealization of the celestial perfection; where dwell the beauty,

goodness and justice, according to the Platonic conception. The *callipolis* is in close relation with the *Utopia* of Thomas More and with the discovery of the New World which, for the English humanist, is the place where the common good, the justice and the happiness can exist in fullness. More, through the narrations of his alter ego Raphael Hythlodæus, a Portuguese navigator who discovers the Island of King Utopos, lives the experience of hospitality in Amaurot, the utopian *callipolis*, as an exercise of creation and acceptance of the new, the otherness and the tolerance. This visionary humanist and follower of the *Philosophia Christi* shelters in his neologism, *Utopia*, the love for knowledge, for faith and for the harmony of men, even if it is in a “no place”.

Keywords: Callipolis – Utopia – Tomás Moro – Fictive City – Hospitality

I. *Callípolis*: un paradigma de la Ciudad Fictiva

En mi profundo deseo por conocer cómo nacen las ciudades en la literatura, descubrí que existe una ciudad que se sitúa entre la realidad y la ficción, está construida en el imaginario de un autor y tiene como referente la realidad histórica. Ella es el vínculo entre lo real y lo imaginario, y puede atravesar los límites entre uno y otro para poder llegar a ser también una ciudad real. Es lo que denomino como *ciudad fictiva*, concepto que se fundamenta en la tríada de lo real, lo fictivo y lo imaginario, desarrollada por Wolfgang Iser, y en la Teoría de los Mundos Posibles.

Para Iser, lo fictivo es el acto intencional que cruza la frontera entre lo real y lo imaginario; es el elemento mental que da forma y sustancia discursiva al plano imaginario, que es un modo difuso y sin objetos de referencia (Iser, 15-21). Lo fictivo recoge de la realidad histórica sus referentes para construir, en el plano imaginario, nuevas realidades, transformando esa condición difusa de lo imaginario en una construcción mental articulada (*Gestalt*), permitiendo la creación de mundos. Esta

acción de construir “nuevas realidades” (*autopoiesis*) está en estrecha relación con la creación de mundos posibles, que nacen de las referencialidades, ya sean del mundo real objetivo como del mundo puramente mental.

A partir de esa concepción, comencé una investigación que me permitió detectar algunos paradigmas de Ciudad Fictiva, como la necrópolis, la ciudad como laberinto, la *mnemópolis* (o ciudad de las reminiscencias), la tecnópolis, entre otros.¹ En este artículo, trataremos del paradigma que Platón acuñó como *Callópolis* en *La República*.

Si bien Platón fue el primero en elaborar el concepto de *callópolis*, su origen se remonta a la Antigüedad, cuando el hombre concebía la ciudad como una *cosmópolis*, que reflejaba las perfecciones del universo. Pero con el surgimiento de la polis ateniense fue desplazada esta noción celeste por la humanización de las ciudades helénicas. Poseidón y Atenea decidieron disputar, con la realización de algún prodigio, el habitar Cecropia, en el Ática, una de las principales ciudades de la Hélade, gobernada por el rey Cécrope. Poseidón hizo surgir el mar. Ya Atenea, acompañada por Cécrope, hizo surgir el olivo. Los Olímpicos, encargados de dirimir quién sería el vencedor, al oír el testimonio de Cécrope, concluyeron que Atenea había sido la vencedora y rebautizaron Cecropia como Atenas en su honor. El testimonio del rey Cécrope fue determinante para la decisión de los dioses, que significó el momento crucial de la humanización de la ciudad y el nacimiento de la polis como centro cívico y artístico.

A comienzos del siglo V a. C., Pericles (461 a 429 a.C.) creó espacios sagrados para celebrar a la diosa tutelar, pero además constituyó espacios de reunión para que sus ciudadanos organizaran y administraran la polis, creando una riqueza política, intelectual y arquitectónica que transformó Atenas en una *callópolis* o “ciudad bella”.

¹ Para conocer con mayor profundidad la Teoría de la Ciudad Fictiva, ver: Paula Vera-Bustamante. *A Cidade Fictiva: Visões e Mundos da Cidade em Contos Contemporâneos Brasileiros, Chilenos e Portugueses*. Tesis de Doctorado. São Paulo: Universidade de São Paulo, 2007. Disponible en <http://www.teses.usp.br/teses/disponiveis/8/8156/tde-13082007-152637/es.php>, consultado el 22 de abril de 2019.

La *callípolis* (del griego *kallis*, bella, y *polis*, ciudad-Estado) surge de conceptos asociados a la perfección, como Belleza (*kallos*), Verdad (*alétheia*), y Bien (*agathó*), que se relacionan asimismo con las ideas de medida (*sophrosyne*) y de justicia (*dike*). La manifestación de *kallis* está en el esplendor (*charis*) de las formas perfectas. Por eso, al hablar de *callípolis*, tenemos que pensar no sólo en belleza, como percepción estética, sino que también en los valores de esa trinidad clásica, que conducen al hombre, a la felicidad (*eudaimonia*) y, por consiguiente, transforman la *callípolis* en una *eupolis*.

Esta noción de belleza y perfección fue lo que inspiró a Platón para establecer las bases de su ciudad ideal en *La República*, luego de ser testigo de la insensatez de la Asamblea del Pueblo al corromper el espíritu de Atenas. Estaba convencido de que los políticos eran los responsables por la caída de la polis. Pero también culpaba a los poetas por el rumbo nefasto que le dieron a la tragedia, al proyectar un destino inclemente ante las fallas humanas. Producto de ese desencanto, Platón crea su propia polis para plasmar sus deseos de Bien, Verdad, Justicia y Amor, ya que, con la tragedia, el destino de los hombres se había transformado en un proceso de dolor perenne, y con la política, en una mercadería siempre a la venta.

La Justicia y el Amor, en *La República*, permiten quebrar las barreras del egoísmo y de la injusticia que imperan en la Atenas del siglo IV a.C., por eso Platón crea en su mundo ideal un sistema comunitario de bienes, acabando con la riqueza y la pobreza. Otorgando, además, los mismos derechos y deberes a hombres y a mujeres, pues entiende que ambos son hijos de la razón y de la naturaleza divina.

Platón establece una *callípolis* (VII, 9,527c) o modelo de Estado Perfecto basado en la razón, siendo *kallis* el reflejo de las Ideas Eternas, donde el hombre recupera el destino benigno (perdido por las inclemencias de la tragedia) a través de la *autognosis*. Regida por la sofocracia (gobierno de los filósofos), velará por la Verdad (*alétheia*) y la

Felicidad (*eudaimonia*). Por eso, Platón vaticina que cuando la Filosofía ejerza su influencia sobre el “gobierno de las ciudades” (VI, 12, 499d), la *callípolis* se materializará en el mundo de las formas. Por ahora, habita en la *Planicie de Alétheia*, como un paradigma, donde las ideas se tornan plenas y eternas (IX, 13, 592b).

Mientras aguarda ese momento, Platón recuerda la Edad de Oro, cuando existía la otrora poderosa Atenas, que venció en justa batalla a su rival, la Atlántida, antes del diluvio. En el *Timeo*, la describe gobernada por hombres y mujeres guerreros, de origen divino. No había propiedad privada, todo era comunitario (110, d) y sus habitantes eran “verdaderos amigos de lo bello” (111, e) y de la naturaleza. Por eso la tierra era pródiga en alimentos para el Ática y las riquezas existían para todos, pues no había codicia por el oro ni por la plata, ya que era considerada arrogancia y falta de carácter (111, e).

II. La hospitalidad en el Nuevo Mundo como forma de encuentro con la *callípolis*

Pocos años antes del inicio del siglo XVI, Cristóbal Colón, en el afán de encontrar una nueva ruta con destino a Oriente, en busca de las codiciadas especiarías, descubrió una ruta para llegar teóricamente más rápido a la India o a lo que él llamó *Indias Occidentales*. Pues Colón estaba seguro de que:

Por la vía del Poniente, hacia el Austro o Mediodía, descubriría grandes tierras, islas (...) riquísimas de oro y plata y perlas (...) y gentes infinitas; y que por aquel camino entendía topar con tierra de la India, y con la gran Isla de Cipango y los reinos del Gran Can. (Las Casas, 151)

Pero, el viernes 12 de octubre de 1492, creyendo haber llegado al “final de Asia”, e imaginando estar cada vez más cerca del oro de la soñada Cipango (antigua denominación de Japón), llegó en realidad a lo que él nombró Isla San Salvador.²

² Sin embargo, en 1501, el navegante florentino Américo Vesputio concluyó que esas vastas tierras eran en realidad un “Mundus Novus” (Mignolo, 65), y, en 1513, el español Vasco Núñez de Balboa al arribar al Mar del Sur, al Océano Pacífico, concluyó que esas tierras no eran parte de Asia, sino de un nuevo continente (Krotz, 188).

Fue este arribo del Almirante Colón a la pequeña isla *Guanahaní*, como la llamaban los nativos, que cambió por completo el curso de la historia, al descubrir allí “habitantes jóvenes, garbosos y hospitalarios [que parecían] acercarse a la inocencia original del Paraíso”. (cf. Krotz, 186) De tal suerte que no sabían los europeos si habían llegado a Cipango, al Edén o, incluso, cogitaron que fuesen los restos de la legendaria Atlántida. Motivo, según Bartolomé de Las Casas, para creer que Colón – después de conocer la historia de esta *callípolis* relatada por Platón en el *Timeo* – se embarcó por la costa occidental, creyendo que los restos de la Atlántida eran la puerta de entrada para otras islas y la “Tierra Firme”. (Las Casas, 53)

La extrañeza ante lo nuevo y desconocido no mermó el espíritu de los navegantes, al contrario, estaban cada vez más convencidos de que encontrarían las riquezas que tanto anhelaban para sí mismos y para la grandeza de la corona española, pero también para la evangelización cristiana en tierras del “Mar Océano”, como le decían al Gran Atlántico, pues al final no dejaba de ser una especie de misión divina, en la que ellos se sentían enviados por la Providencia. Ya otros, menos religiosos, creyeron que en esa abundancia natural podrían encontrar el ansiado País de Cucaña (también conocido como País de Jauja), la tierra de la hartura, el ocio, y la felicidad de los menos favorecidos, la inmensa mayoría de siervos y campesinos del Continente Viejo.

Bartolomé de Las Casas destaca, en el capítulo 40, de *Historia de las Indias*, el relato de Colón sobre el primer encuentro con los indios de *Guanahaní*, quienes mostraban: “Bondad, humildad, mansedumbre, simplicidad y hospitalidad, disposición (...), [y] hermosura”. (204)

Hombres y mujeres en comunión con la naturaleza, exhibiendo su desnudez y una afabilidad inusual para los conquistadores. Fue tal el asombro que muchos creyeron que en esas tierras, aún vírgenes, se encontraba efectivamente el mítico Paraíso bíblico,

no sólo por la exuberancia de la naturaleza, algo nunca antes visto, sino que por la usanza y actitud de los indígenas, por eso durante años se creyó que estos eran una descendencia tardía de Adán. (Krotz, 198)

El asombro fue recíproco; los isleños no paraban de admirar las vestimentas, modos y utensilios de los navegantes, y a su vez los europeos se sorprendían con ellos por dejar sus “vergüenzas expuestas”. Los indígenas sin temor se acercaban a reconocer sus rostros, tocando con sus manos las barbas y ropas que portaban. Ya los navegantes se dejaban tocar para no parecer hostiles.

Parábanse a mirar los cristianos a los indios, no menos maravillados que los indios dellos, cuánta fuese su mansedumbre, simplicidad y confianza de gente que nunca conocieron, (...) y a ellos se allegaban con tanta familiaridad (...), como si fueran padres e hijos; como andaban todos desnudos, (...) todas sus cosas vergonzosas de fuera, que parecía no haberse perdido o haberse restituido el estado de la inocencia, (...) se dice no haber pasado de seis horas, [que allí] vivió nuestro padre Adán. (Las Casas, 206)

Era el primer encuentro de las diferencias y la natural disposición para *maravillarse* con el otro. Pues para los nativos estos foráneos eran en realidad seres divinos, venidos del cielo y fueron tratados, respetados y recibidos como tal. Compartieron sus alimentos (pan, agua, pescados), sus aves y lo que para ellos eran sus verdaderas riquezas, los algodones hilados. Sobre esto, Las Casas puntualiza:

El Almirante, viéndolos tan buenos y simples, y que en cuanto podían eran tan *libremente* hospitaleros, y con esto en gran manera pacíficos, dioles a muchos cuentas de vidrio y cascabeles, y a algunos bonetes colorados y otras cosas, con que ellos quedaban muy contentos y ricos. (Las Casas, 207 cursiva mía)

De esta forma, se describen la vida y costumbres de esta isla con características de *callípolis*: los nativos tienen una tierra sana, donde se puede mejorar de las enfermedades; son en su mayoría jóvenes, pues viven sólo hasta una cierta edad, luego ellos mismos acaban con su vida acostándose en cierta hierba venenosa; hay comunidad

de bienes y de mujeres, por lo tanto los hijos son de todos, asimismo carecen de ambición por las riquezas, por eso viven pacíficamente. (cf. Las Casas, 209)

Pero Colón partió pronto de *Guanahaní* al ver que en esa isla no había rastro del metal áureo, sólo vio un par de indígenas con algunos pedacitos de oro, quienes le explicaron que en otras islas más al sur encontraría oro. No obstante, a medida que recorría ese conjunto de islas, que hoy conocemos como Las Antillas, la desazón del Almirante creció, no había el soñado oro de Cipango, y la obsesión y temor de que su empresa fracasara empezó a cundir. Y es en este punto que Fray Bartolomé de Las Casas critica la ambición desmedida de los europeos, que provocó – en cincuenta años – un genocidio sin igual de los habitantes del Nuevo Mundo, comenzando así su serie de relatos sobre las injusticias y atrocidades que estos sufrían en manos de los conquistadores (tiranos, dirá el padre dominicano) que vinieron después de Colón.

En la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Las Casas señala:

La causa porque han muerto y destruido tantas y tales y tan infinito número de ánimas los cristianos ha sido solamente por tener por su fin último el oro (...): por la insaciable codicia (*sic*) y ambición que han tenido, que ha sido la mayor que en el mundo ser pudo, por ser aquellas tierras tan felices y tan ricas, y las gentes tan humildes, tan pacientes y tan fáciles a sujetarlas, a las cuales no han tenido más respecto ni dellas han hecho más cuenta ni estima (hablo con verdad, por lo que sé y he visto todo el dicho tiempo) no digo que de bestias, porque pluguiera a Dios que como a bestias las hubieran tratado y estimado, pero como y menos que estiércol de las plazas. (Las Casas, 17)

Fue esta fiebre por el oro de los europeos que acabó con la hospitalidad de los nativos, al poco andar Colón por la Isla Española (Haití y República Dominicana) y Cuba, quienes no comprendían cómo “los venidos del cielo” manifestaban de forma tan bárbara su obsesión por el oro.

Las acciones de guerra y la devastación, la esclavitud, (...) el trato que los conquistadores dieron a las mujeres indias, terminaron pronto, aunque demasiado tarde, con las últimas dudas respecto de la naturaleza divina de los extranjeros. (Krotz, 203-204)

Subyugados en los que habían sido sus territorios; privados de su libertad natural y anuladas su cultura y cosmología, los indígenas terminaron dominados por la espada y la cruz, perdiendo por completo la inocencia que los caracterizaba y el *locus amoenus* en el que vivían.

Ese *locus amoenus* era, para los que vivían del otro lado del Atlántico, el sueño que albergaban desde la Edad Media, y que en el Renacimiento comenzaban a materializar en ese proceso de colonización deshumana que les dio la posibilidad de vivir con hartura en esas tierras que ellos llamaron *Indias Occidentales*. Ya a los habitantes primitivos apenas les restó la esperanza de recuperar algún día su tierra, la felicidad y la libertad arrebatadas. Para ello contarían con la ayuda de Tomás Moro, que sentó las bases para que en suelo americano se hicieran las primeras *callípolis* reales, gracias a sacerdotes como Bartolomé de Las Casas y Vasco de Quiroga, que se llevaron un ejemplar de la *Utopía* del humanista inglés para intentar devolver el bien común a los pueblos indígenas.

III. Utopía: una experiencia de la hospitalidad y *callípolis* del bien común

Mientras en Europa se agudizaban las diferencias sociales y comenzaban los primeros cismas político-religiosos, Tomás Moro, abogado y canciller de Enrique VIII, en un viaje a Flandes, en 1515, habría conocido navegantes que volvían del Nuevo Mundo con relatos fabulosos de sus ciudades, habitantes y costumbres, y además los *Cuatro Viajes* de Vespucio, narración publicada en 1506 donde el explorador florentino contó sobre la existencia de pueblos que vivían en comunidades, compartiendo los bienes y despreciando las riquezas, principalmente el oro. Inspirado por estos relatos, en 1516, Moro publica su ficción político-humanista *Utopía o El Tratado de la Mejor Forma de Gobierno*, agitando al mundo letrado al presentar una crítica férrea a la

sociedad inglesa, y al crear su propia *callípolis*, un mundo mejor con perspectivas sociales más justas, para poner en jaque a la decadente vida europea.

Dividida en dos partes, *Utopía* muestra la antítesis entre el viejo y el nuevo mundo. En el libro I se desarrolla el diálogo entre Moro, el humanista Pierre Gilles, el cardenal Morton y Rafael Hitlodeo, el navegante portugués descubridor de Utopía, quienes comentan la situación social inglesa, hundida en la miseria, impuestos e injusticias. Es el momento en que Rafael comienza a narrar su historia: viajó junto a Américo Vespucio y antes de acabar el cuarto viaje, se embarcó rumbo a Portugal. Venía de Oriente a Occidente, cuando llegó a una región del Nuevo Mundo, donde encontró – o descubrió – la maravillosa isla Utopía. Allí vivió más de cinco años en compañía de los utopianos, y sólo dejó la isla para difundir en Europa las maravillas de Utopía.

Pero, antes de llegar a Utopía, el navegante portugués contó que vivió la experiencia de la hospitalidad al llegar a un reinado donde sus habitantes manifestaban afecto por los visitantes, no temiendo establecer amistad con los extranjeros y siendo generosos con los viajeros para que pudieran proseguir su camino (Moro, 18). Continúa su relato, contando sobre otros reinados que conoció, como el País de los Macarianos (Moro, 59), no muy lejos de Utopía, cuyo rey al ser coronado prometió no tener más que diez mil libras en oro, porque su bienestar mayor era que sus súbditos fuesen felices y no que él, como monarca, acumulase riquezas en desmedro del pueblo.

Rafael lamenta que esta costumbre no se aplique en los reinados de Europa, donde ocurre todo lo contrario, y que no haya lugar para la filosofía en los Consejos Reales, recordando que el sistema propuesto por Platón, en *La República*, es perfectamente posible, así como los utopianos hacen en su isla (*cf.* Moro, 62). Es entonces que comienza a relatar la historia de Utopía; la antigüedad de su civilización y

el único episodio en que los utopianos tuvieron contacto con los “ultra equinoccionales”, como llamaban a los europeos. Hacia el año 1200, hubo un naufragio cerca de Utopía, y los sobrevivientes – algunos romanos y otros egipcios – fueron acogidos en la isla hasta el final de sus días. Según Hitlodeo: “Les bastó un único contacto con nuestro hemisferio para que todo lo aprendieran.” (Moro, 69) Debido a aquel accidente, adoptaron las ideas más provechosas de Europa, mejorando con creces la calidad de sus instituciones políticas y sociales para que la vida fuese más feliz.

Para Tomás Moro, el origen de todos los males estaba en la propiedad privada, en la ambición por ella y en el individualismo que produce. Crítica que también hiciera Platón en *La República*, siendo el primero en defender la comunidad de bienes. Moro rescató este ideal, pero lo perfeccionó con el modelo creado por la *Philosophia Christi*, que predicaba la vida en comunidad basado en el amor por la humanidad. Esta filosofía caracterizó a los humanistas del siglo XVI, como Erasmo, Valdés y Vives, que comparten con Moro una visión de reforma mesiánica, secular y pacifista de la doctrina eclesiástica. Ellos comprendían que existía un abismo entre la Palabra de Dios y la doctrina de la Iglesia, por lo tanto, era menester hacer una reforma: humanizar tanto la Iglesia como el poder político. Para eso, cada uno de los humanistas creó su propio “mundo ideal”. Pero fue Moro el encargado de crear el concepto, de albergar en una palabra el amor por el saber, la fe en la felicidad, en la justicia y de llevar a cabo esa transformación aunque fuese en un *u-topos*, un “no lugar”. (Vera-Bustamante, 123-125)

El libro II es sobre la vida en Utopía, relatada por el navegante portugués, pero en realidad es el humanista inglés quien llega a esa isla de la felicidad imaginaria. Allí, conoce la vida exenta de propiedad privada, evitando así la ambición y la conspiración del Estado en favor de los ricos y estableciendo el equilibrio entre los hombres para lograr una vida armónica en comunidad. Describe geográficamente la isla, y ella resulta

ser muy similar a la geografía de Inglaterra. Lo mismo sucede con la capital de la isla, Amaurota (ciudad fantasma), que es la copia de Londres. Pero en Amaurota sí era posible vivir en armonía, bajo los preceptos de igualdad y tolerancia religiosa. Pues, “a pesar de toda la diversidad de creencias, todos están de acuerdo en que existe un Ser Supremo, creador y señor del Universo, y a él se refieren como Mitra.” (Moro, 160) Sin embargo, Rafael Hitlodeo al contarles a los utopianos sobre las enseñanzas de Cristo, estos se dieron cuenta de que sus enseñanzas eran muy parecidas con la principal religión de la isla. Por eso, muchos decidieron adoptar el cristianismo como nuevo credo. Al rey de la isla, Utopo, descubridor y fundador, se debe esa tolerancia que no es apenas religiosa, sino también social. Pues él es la concreción del sabio filósofo de la *callópolis* platónica que se transformó en rey.

Moro establece la familia como base de la sociedad, a diferencia del filósofo griego, que la había desechado en *La República* por considerarla el germen de los egoísmos e individualismos. En Utopía todos son hijos del mismo padre-rey, por eso en la isla sus habitantes se consideran parte de una gran familia.

Se destacan en Amaurota sus casas y jardines que son una invitación a la *ataraxia* (la paz del alma). Todas tienen dos portones; uno que da a la calle y otro que da al jardín, y nunca son cerrados con llave, para que todos puedan entrar y salir, “pues allí no existe la propiedad privada”. (Moro, 79) Y, por no existir la propiedad privada, no existe en la isla el miedo a robos, pues nadie siente falta de nada, la ciudad y su poder público abastecen a todos los habitantes. Si alguna familia necesita algo, basta acudir al mercado, donde, sin pagar nada, podrá llevar lo que necesite, pues nadie pedirá más de lo necesario. Por eso no se usa el dinero en Utopía, pues la naturaleza ya da generosamente los elementos esenciales para la vida. Sería ir contra ella cobrar por los servicios o productos de la isla.

Y ese es el motivo por el cual los utopianos no sienten la compulsión por acumular riquezas, menos por los metales preciosos, como el oro y la plata, que para ellos no tienen importancia. De hecho, estos metales lo usan más que nada para los utensilios domésticos, como la fabricación de orinales. (cf. Moro, 105) Si alguno es sorprendido cometiendo un delito grave, queda obligado a usar anillos de oro en sus dedos. Ya si un utopiano encuentra alguna piedra preciosa la lapida y se la da a su hijo pequeño. Los niños quedan orgullosos y felices al usar estas joyas, pero al crecer se dan cuenta de que tienen valor sólo para los más pequeños.

Cierta ocasión, cuenta Hitlodeo, llegaron unos diplomáticos anemolianos que desconocían las costumbres de la isla, como el menosprecio al lujo, a la ostentación y a las apariencias. Llegaron vestidos como dioses para dejar boquiabiertos con su esplendor a los utopianos, pero cuando estos los vieron, se decepcionaron de inmediato, pues la ostentación de los atuendos reflejaba la degradación en la que se encontraban esos extranjeros. Algunos utopianos expresaron más respeto por los siervos que los acompañaban, por ser los menos ataviados de oro y joyas, creyendo que los que llevaban esas riquezas eran en realidad los esclavos. Ya los niños más grandes quedaban sorprendidos al ver que esos adultos cargaban tanto oro en sus cuerpos, y no podían evitar decir en voz alta: “¡Mira, mamá, cómo ese grandulón aún se cubre con joyas como si fuese un bebé!” Muy seria, la madre de uno de ellos, lo reprendió diciendo: “¡Cállate, hijo, debe ser algún bobo que vino junto con la comitiva.” (Moro, 107)

Este pasaje de la *Utopía* manifiesta todo el desprecio de Moro hacia los vicios de la vieja Europa. Era inconcebible para él que “un material tan inútil como el oro” pudiera ser considerado, en el mundo entero, mucho más importante que los seres humanos. Por eso lo que más enojaba a los utopianos era el modo con que algunas

personas veneran al hombre rico, “no porque le debiesen dinero o, por estar de alguna forma, bajo su poder, sino única y exclusivamente por él ser rico.” (Moro, 109)

El relato de Hitlodeo continúa describiendo la experiencia de la hospitalidad que vivieron esos tres embajadores en Utopía. A los dos días se dieron cuenta de que los esclavos fugitivos llevaban más oro y plata que ellos. Avergonzados por el ridículo, al que involuntariamente se habían sometido, se despojaron del lujo que hasta entonces los llenaba de orgullo. Pero, gracias a la afabilidad de los anfitriones, comprendieron cuál era la usanza en la isla del rey Utopo, no darle valor a las apariencias ni a los bienes materiales, sino a la persona por lo que ella es. (cf. Moro, 108)

Reflexión inspirada en la descripción de Vespucio sobre tribus indígenas que despreciaban los bienes temporales y que caló hondo en el espíritu de Moro. Por esta razón, podemos concluir que la hospitalidad en la *Utopía* tiene características propias del humanismo, como el amor por la humanidad, pero también del encuentro con los nativos del Nuevo Mundo, que enseñaron a través de su forma de ser la benevolencia natural que, por ambición y vicios, se estaba perdiendo en Europa.

El vocablo hospitalidad proviene del latín *hospes,itis*, que significa “aquel que recibe al extranjero (*hostis*)” y, *hostis*, “aquel que es recibido”. Esta acción de recibir, está hermanada con la de aceptar y apreciar al otro, al *extraño* (del latín *extranèus* “el que es de afuera”), creando un vínculo en el que por un determinado tiempo no existe la dicotomía dentro-fuera, sino una reciprocidad e intercambio que promueve la igualdad y el complemento entre las partes. De esta forma, cada vez que surge la hospitalidad como experiencia, se produce un aprendizaje, tanto de quien recibe como de quien es recibido. Tal como vimos en el primer encuentro entre Colón y los nativos de *Guanahaní*; como de Hitlodeo en sus viajes, y con los utopianos. Este sentido de hospitalidad se

transforma en una *callípolis*, en el establecimiento del “supremo bien”, gracias al contacto entre mundos disímiles.

Así lo entendió Moro al escribir la *Utopía*, recibió los relatos de Vespuccio, los acogió en su alma y los apreció manifestándolos en su escritura y, aún más, albergó en un concepto la felicidad humana, la justicia y el bien común, rompiendo así con la deshumanización establecida en Inglaterra y siendo, ante todo, una “anticipación”; una orientación que supera la realidad y se mantiene en la condición de “realizable”, esperando su momento de transformarse en *eutopía* o lugar feliz.

IV. Bibliografía

ISER, Wolfgang. *Das Fiktive und das Imaginäre*. Frankfurt a. M: Suhrkamp, 1991.

KROTZ, Esteban. *La Otredad Cultural entre Utopía y Ciencia*. Trad. Claudia Leonor Cabrera Luna. México: F. C. E., 2002.

LAS CASAS, Bartolomé de. *Historia de las Indias*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1986.

_____. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2011.

MIGNOLO, Walter. “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo I. Época colonial. Luis Iñigo-Madrigal, editor. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982, 57-116.

MORE, Tomás. *Utopia*. Trad. Jefferson L. Camargo. São Paulo: Martins Fontes, 1999.

PLATÓN. *La República*. Trad. Patricio de Azcárate. Madrid: Espasa Calpe, 1996.

_____. *Timeo*. Trad. e notas de José María Pérez Martel. Madrid: Alianza, 2004.

VERA-BUSTAMANTE, Paula. *A Cidade Fictiva: Visões e Mundos da Cidade em Contos Contemporâneos Brasileiros, Chilenos e Portugues*. Tesis de doctorado. São Paulo: Universidade de São Paulo, 2007.